

obstáculo más para tomarla. ¿No habéis robado nunca manzanas por encima de una pared cubierta de cascotes de botella? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieren subir á la barricada. ¡Pardiez! El vidrio es muy traidor. ¡No tenéis imaginación libre, compañeros!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin pie de gato; iba de uno á otro pidiendo:

—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¡Por qué no se me da un fusil!

—¡Un fusil á tí!—dijo Combeferre.

—¡Toma!—replicó Gavroche.—¿Por qué no? ¡Tuve uno en 1830 cuando se disputaba con Carlos X!

Enjolras alzó los hombros.

—Cuando los haya para los hombres, se darán á los niños.

Gavroche se volvió altivamente y le respondió:

—Si te matan antes que á mí, cogeré el tuyo.

—¡Pilluelo!—dijo Enjolras.

—¡Blanquillo!—dijo Gavroche.

Un elegante extraviado que pasaba por el extremo de la calle cortó esta disputa.

Gavroche le gritó:

—¡Venid con nosotros, joven! ¿Pues qué, no se ha de hacer nada por esta vieja patria?

El elegante huyó.

## V

## LOS PREPARATIVOS

Los periódicos de aquel tiempo, que han dicho que la barricada de la calle de la Chanvrerie, aquella *construcción casi inexpugnable*, como la llamaban, llegaba al nivel del piso principal, se han equivocado. No pasaba de una altura de seis ó siete piés, por término medio. Estaba hecha de manera que los combatientes podían, á voluntad, ocultarse detrás, ó dominar el paso, y aún subir á la cima por medio de una cuádruple fila de adoquines superpuestos y colocados á guisa de escalera por el interior. Por fuera, el frente de la barricada, compuesto de pilas de adoquines y de toneles, sujetos por vigas y tablas, que se enchufaban en las ruedas del carro de Anceau y del ómnibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado é inextricable.

Una cortadura, suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella, dejaba un espacio entre el extremo de la barricada más alejado de la taberna y las casas; de modo que era posible hacer una salida. La lanza del ómnibus estaba puesta verticalmente; y á ella, atada con cuerdas, una bandera roja que flotaba sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondétour, oculta detrás

VI

LA ESPERA

En aquellas horas de espera ¿qué hicieron?  
Es preciso que lo digamos, porque esto pertenece  
á la historia.

Mientras que los hombres hacían cartuchos y las  
mujeres hilas; mientras que los centinelas velaban  
arma al brazo en la barricada; mientras que Enjol-  
ras, á quien nada podía distraer, velaba sobre los  
centinelas, Combeferre, Courfeyrac, Juan Prouvaire,  
Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros se  
buscaron y se reunieron como en los días más pací-  
ficos de sus conversaciones de estudiantes, y en un  
rincón de aquella taberna, convertida en casamata,  
á dos pasos del reducto que habían construído, con  
las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el  
respaldo de la silla; aquellos jóvenes, tan cercanos á  
una hora suprema, se pusieron á cantar versos de  
amor.

¿Qué versos? Los siguientes:

¿Recuerdas aquel tiempo de alegría,  
De nuestra juventud en los albores,  
Cuando un solo deseo nos movía,  
El de nuestros amores?

Añadidos tus años á mis años,  
Cuarenta y dos apenas se contaban,  
Y libres nuestras almas se encontraban  
De amargos desengaños.

Orgullosa era Foy, Manuel prudente;  
París santos banquetes celebraba,  
Y un alfiler en tu corsé saliente  
A veces me picaba.

Al verte hermosa entre las más hermosas,  
De todos envidiada era mi suerte,  
Y al pasar por el Prado, hasta las rosas  
Se volvían por verte.

La hora, el lugar, la evocación de aquellos re-  
cuerdos de la juventud, algunas estrellas que empe-  
zaban á brillar en el cielo, el reposo fúnebre de  
aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventu-  
ra inexorable que se preparaba, daban un encanto  
patético á estos versos, murmurados á media voz en  
el crepúsculo por Juan Prouvaire, que, según hemos  
dicho ya, era un tierno poeta.

Mientras tanto se había encendido una antorcha  
en la barricada pequeña, y en la grande una de esas  
hachas que el martes de Carnaval se encuentran pre-  
cediendo á los coches cargados de máscaras que van  
á la Courtille. Estas antorchas, como hemos dicho,  
venían del arrabal de San Antonio.

La antorcha había sido colocada en una jaula de  
adoquines cerrada por tres lados para abrirla del  
viento y dispuesta de modo que toda la luz caía sobre  
la bandera. La calle y la barricada quedaban en la obs-  
curidad y no se veía más que la bandera roja, formi-  
dablemente iluminada como por una linterna sorda.

Esta luz extendía sobre la escarlata de la bandera  
una tinta de púrpura terrible.

## EL HOMBRE RECLUTADO EN LA CALLE DE BILLETES

La noche había ya caído completamente: nadie se acercaba. No se oían más que rumores confusos y por instantes descargas; pero raras, poco nutridas y y lejanas. Este plazo, que se prolongaba, era señal de que el gobierno se tomaba tiempo y reunía sus fuerzas. Estos cincuenta hombres esperaban sesenta mil.

Enjolras se sentía dominado por esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes en el umbral de los grandes sucesos. Fué á buscar á Gavroche que se había puesto á hacer cartuchos en la sala baja, á la dudosa claridad de dos velas, colocadas sobre el mostrador por precaución, á causa de la pólvora extendida sobre las mesas. Aquellas dos velas no daban luz alguna por el exterior. Además, los insurgentes habían tenido cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

Gavroche en aquel momento estaba muy pensativo, aunque no precisamente por sus cartuchos.

El hombre de la calle de Billetes acababa de entrar en la sala baja y había ido á sentarse en la mesa menos alumbrada. Llevaba un fusil de munición del mayor modelo, que sostenía entre sus piernas. Ga-

vroche, hasta aquel momento distraído por cien cosas «divertidas», no había ni aún visto á este hombre.

Cuando entró le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y después, así que el hombre se sentó, se levantó él repentinamente. Los que hubieran observado á aquel hombre hasta este momento, le habrían visto espiarlo todo en la barricada y en el grupo de los insurgentes con singular atención; pero desde que había entrado en la sala, se había sumergido en el recogimiento y parecía no ver nada de lo que pasaba. El pilluelo se aproximó á aquel hombre pensativo y se puso á dar vueltas en derredor suyo, sobre la punta de los piés, como se hace cuando no se quiere despertar á alguno. Al mismo tiempo en su rostro infantil, á la vez tan descarado y tan serio, tan vivo y tan profundo, tan alegre y tan entusiasta, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos de viejo que significan:—¡Ah! —¡Bah!—¡No es posible!—¡Tengo telarañas en los ojos!—¡Deliro!—¿Será él?...—No, no es.—Pero sí.—Pero no; etc., etc. Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus manos en los bolsillos, movía el cuello como un pájaro y empleaba en un gesto de desprecio toda la sagacidad de su labio inferior. Estaba estupefacto, incierto, incrédulo, convencido, trastornado. Tenía la fisonomía de un jefe de eunucos en el mercado de esclavas, descubriendo una Venus entre feas; de un aficionado y entendido en pintura, examinando una obra de Rafael en un montón de cuadros viejos. En él trabajaban á un tiempo el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Era evidente que se acercaba un acontecimiento para Gavroche.

En lo más profundo de este examen se acercó á él Enjolras.

—Tú eres pequeño,—le dijo,—y no serás visto.

Sal de las barricadas, desvíate á lo largo de las casas, explora un poco las calles y ven á decirme lo que hay.

Gavroche se enderezó al oír esto.

—¡Los pequeños sirven, pues, para algo! ¡Es una felicidad! ¡Ya voy! Mientras tanto, confiad en los pequeños, desconfiad de los grandes... Y levantando la cabeza y bajando la voz, añadió señalando al hombre de la calle de Billettes:

—¿Veis ese grande?

—¿Y qué?

—Es un espía.

—¿Estás seguro?

—Aún no hace quince días que me bajó de las orejas de la cornisa del Puente Real, á donde estaba yo tomando el fresco.

Enjolras abandonó vivamente al pilluelo y dijo en voz baja algunas palabras á un obrero del puesto que estaba allí. El obrero salió de la sala y volvió al momento acompañado de otros tres. Los cuatro hombres, cuatro mozos de grandes espaldas, fueron á colocarse detrás de la mesa en que estaba el hombre sospechoso, sin hacer nada que pudiese llamar su atención. Estaban visiblemente dispuestos á arrojarse sobre él.

Entonces Enjolras se acercó al hombre y le preguntó:

—¿Quién sois?

A esta brusca interrogación, el hombre se sobresaltó; dirigió á Enjolras una mirada que penetró hasta el fondo de su cándida pupila, y pareció que adivinaba su pensamiento. Sonrióse entonces con una sonrisa la más desdeñosa, la más enérgica y la más resuelta del mundo, y respondió con altiva gravedad:

—¡Veo qué es esto!... Pues bien, sí.

—¿Sois espía?



— Amigo, el ratón ha cogido al gato.

—Soy agente de la autoridad.

—¿Cómo os llamáis?

—Javert.

Enjolras hizo una señal á los cuatro hombres y en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Javert tuviese tiempo de volverse, fué cogido por el cuello, derribado y registrado.

Halláronle una tarjeta, pequeña circular colocada entre dos vidrios, la cual tenía por un lado las armas de Francia grabadas con esta leyenda: *Seguridad y vigilancia*, y en la otra esta mención: JAVERT, inspector de policía; edad, cincuenta y dos años, y la firma del prefecto de policía de entonces, señor Gisquet.

Tenía además un reloj y un bolsillo que contenía algunas monedas de oro: le dejaron ambas cosas. Detrás del reloj, en el fondo del bolsillo, le descubrieron, por el tacto, un papel hecho cuatro dobles, que desdobló Enjolras, leyendo estas cuatro líneas, escritas de mano del prefecto de policía:

«El inspector Javert, así que haya cumplido su misión política, se asegurará, por medio de una vigilancia especial, de si es verdad que algunos malhechores andan vagando por las cuestas de la orilla derecha del Sena, cerca del puente de Jena.»

Terminado el registro, levantaron á Javert, le sujetaron los brazos por detrás de la espalda y le ataron en medio de la sala baja á aquel célebre poste que había dado antiguamente nombre á la taberna.

Gavroche, que había presenciado y aprobado toda la escena con silenciosos movimientos de cabeza, se aproximó á Javert y le dijo:

—Amigo, el ratón ha cogido al gato.

Todo esto se había ejecutado con tanta rapidez, que todo estaba concluído cuando empezaron á notar en la taberna. Javert no había dado ni un gri-

to, y así que estuvo atado al poste, acudieron Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre y los demás que andaban dispersos por las barricadas.

Javert, recostado en el poste, y tan rodeado de cuerdas que no podía hacer un movimiento, levantaba la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que no ha mentido nunca.

—Es un espía,—dijo Enjolras.

Y volviéndose hacia Javert:

—Seréis fusilado dos minutos antes de que tomen la barricada.

Javert replicó con su más imperioso acento:

—¿Y por qué no en seguida?

—Economizamos la pólvora.

—Entonces, matadme de una puñalada.

—Espía,—le dijo Enjolras,—nosotros somos jueces y no asesinos.

Después llamó á Gavroche.

—¡Tú, vete á tu negocio! ¡Haz lo que te he dicho!

—Voy,—dijo Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir, añadió:

—A propósito, ¿me daréis su fusil! Os dejo el músico y me llevo el clarinete.

El pilluelo hizo el saludo militar y saltó alegremente por la cortadura de la gran barricada.

## VIII

VARIAS PREGUNTAS CON MOTIVO DE UN TAL LE CABUC  
QUE PROBABLEMENTE NO SE LLAMABA LE CABUC

La pintura trágica que hemos empezado á hacer no sería completa y el lector no vería en ella, en su relieve exacto y real, esos grandes minutos del drama social y del desarrollo revolucionario, en que la convulsión se mezcla con la fuerza, si omitiésemos en este bosquejo un incidente lleno de un horror épico y terrible, que sucedió apenas se marchó Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve y aglomeran al rodar un montón de hombres tumultuosos, que no preguntan de dónde vienen. Entre los transeúntes que se habían unido al grupo dirigido por Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, había uno que llevaba una chaqueta de sportillero bastante usada, que gesticulaba y vociferaba, y con cierto entusiasmo salvaje. Este hombre, llamado ó apodado Le Cabuc, y desconocido completamente á los que pretendían conocerle, muy entusiasta, como hemos dicho, ó aparentando serlo, se había sentado con algunos otros á una mesa que habían sacado fuera de la taberna. Este hombre, al mismo tiempo que hacía beber á sus compañeros de conversación,

parecía contemplar con reflexión la casa grande del fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle y daban frente á la de San Dionisio. De repente exclamó:

—Compañeros, mirad: desde esa casa es desde donde debemos tirar. Puestos en las ventanas, ¡ni el diablo entra en la calle!

—Sí; pero está cerrada la casa,—dijo uno de los bebedores.

—¡Llamemos!

—No abrirán.

—Echemos abajo la puerta.

Le Cabuc corrió á la puerta que tenía un llamador muy pesado y llamó; pero no abriéndose la puerta, volvió á llamar: nadie respondió; dió un tercer golpe: el mismo silencio.

—¿No hay nadie?—gritó Le Cabuc.

Nadie respondió.

Entonces cogió un fusil y empezó á dar culatazos en la puerta. Era una puerta vieja, pequeña, cintrada, estrecha, sólida, de encina, forrada por el interior de una chapa de palastro y de una armadura de hierro: era una verdadera poterna de una fortaleza. Los culatazos hacían temblar la casa, pero no movían la puerta.

Los vecinos debieron ponerse en movimiento, porque al fin se vió iluminarse y abrirse un ventanuco cuadrado en el tercer piso, y aparecer en él una luz y el rostro asustado de un hombre de cabellos grises, que era el portero.

El hombre que llamaba se quedó parado.

—Señores,—dijo el portero,—¿qué queréis?

—¡Abre!—dijo Le Cabuc.

—Señores, eso no es posible.

—Abre en seguida.

—¡Imposible, señores!

Le Cabuc cogió el fusil y apuntó al portero; pero estaba debajo y era de noche; éste no le vió.

—¿Quieres abrir? Sí ó no.

—¡No, señores!

—¿Dices que no?

—Digo que no, buenos...

El portero no pudo acabar; salió el tiro; la bala le entró por debajo de la barba y le salió por la nuca después de atravesar la vena yugular. El pobre hombre cayó sin dar un suspiro; la luz se le fué de las manos y se apagó; no viéndose después más que una cabeza inmóvil, recostada en el dintel de la ventana, y un poco de humo blanquecino que subía hacia el tejado.

—¡Bueno!—dijo Le Cabuc dando un culatazo en el suelo.

Apenas había pronunciado esta palabra, sintió una mano que le cogía del cuello con la fuerza de la garra de un águila, y oyó una voz que le decía:

—¡De rodillas!

El asesino se volvió y vió delante de sí el rostro pálido y sereno de Enjolras, que tenía una pistola en la mano.

Había acudido al oír la detonación.

Con la mano izquierda había cogido el cuello, la blusa, la camisa y el tirante de Le Cabuc.

—¡De rodillas!—repitió.

Y con un movimiento soberano, el delicado joven de veinticinco años dobló como una caña al ganapán robusto y le arrodilló en el lodo. Le Cabuc trató de resistir; pero parecía que estaba sujeto por un puño sobrehumano.

Enjolras, pálido, con el cuello descubierto, los cabellos esparcidos y el rostro femenino, tenía en aquel momento algo de la Temis antigua. Sus ojos bajos daban á su severo perfil griego esa expresión de có-

lera y de castidad, que el mundo antiguo creía propia de la justicia.

Todos los de la barricada habían acudido y se habían colocado en círculo á alguna distancia, conociendo que era imposible pronunciar una palabra ante lo que iban á ver.

Le Cabuc, vencido, no trataba ya de defenderse, y temblaba de piés á cabeza. Enjolras le soltó y sacó el reloj.

—¡Encomiéndate á Dios!—le dijo.—¡Te queda un minuto!

—¡Perdón!—murmuró el asesino; después bajó la cabeza y murmuró algunos juramentos inarticulados.

Enjolras no apartó la vista del reloj, dejó pasar el minuto y volvió el reloj al bolsillo. En seguida cogió por los cabellos á Le Cabuc, que se arremolinaba contra sus rodillas gritando, y le puso en la sien el cañón de la pistola.

Muchos de aquellos hombres intrépidos que habían entrado tan tranquilamente en una de las más terribles aventuras, volvieron la cabeza.

Oyóse la explosión: el asesino cayó al suelo boca abajo. Enjolras se enderezó y paseó en derredor su mirada satisfecha y severa.

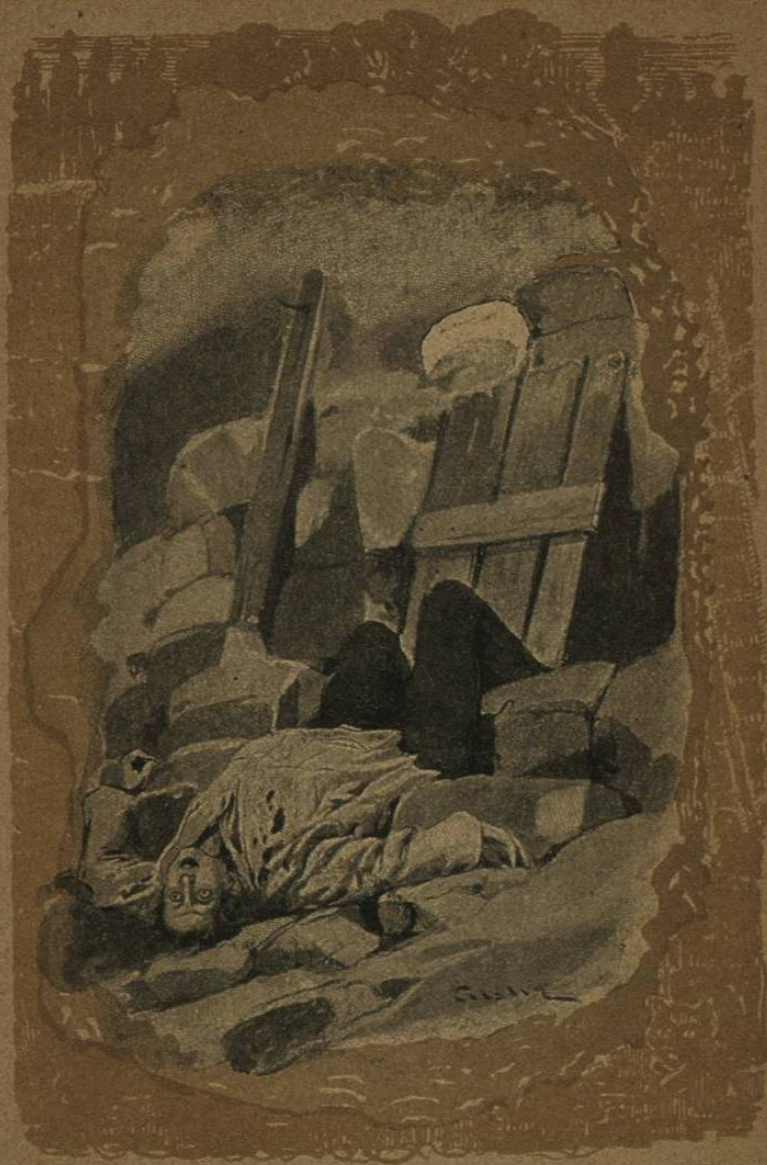
Después empujó el cadáver con el pie y dijo:

—Quitad eso de ahí.

Tres hombres levantaron el cuerpo del asesino, que se agitaba en las últimas convulsiones maquinales de la vida, y le arrojaron por cima de la barricada en la callejuela Mondétour.

Enjolras se quedó pensativo: su sereno rostro se iba cubriendo de grandiosas tinieblas; de pronto elevó su voz: todos le escucharon en silencio.

—Ciudadanos,—dijo Enjolras,—lo que este hombre ha hecho es espantoso, lo que yo he hecho es



Fin de Le Cabuc



horrible. Ha matado; por eso le he matado; y he debido hacerlo, porque la insurrección debe tener su disciplina: el asesinato es ahora mayor crimen que en otras circunstancias: estamos bajo los ojos de la revolución; somos los apóstoles de la república; somos las víctimas del deber, y es preciso que nadie pueda calumniar nuestra lucha. Por esto he juzgado y condenado á muerte á ese hombre. En cuanto á mí, obligado á hacer lo que he hecho, pero aborreciéndolo, me he juzgado también y pronto veréis á qué me he condenado.

Los que le escuchaban temblaron.

—Nosotros participaremos de tu suerte,—dijo Combeferre.

—¡Gracias!—respondió Enjolras.—Pero oid aún una palabra. Al matar á ese hombre he obedecido á la necesidad; pero la necesidad es un monstruo del viejo mundo; la necesidad se llama ¡Fatalidad! La ley del progreso es que los monstruos desaparezcan ante los ángeles, y que la fatalidad se desvanezca ante la fraternidad. En el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignorancia, ni pena del Talión. En el porvenir nadie será asesino; la tierra resplandecerá y el género humano amará. Ciudadanos, llegará ese día en que todo será amor, concordia, armonía, luz, alegría y vida; vendrá, y para que venga, vamos á morir.

Enjolras se calló. Sus labios de virgen se cerraron y quedó por algún tiempo de pie en el sitio en que había derramado aquella sangre, con una inmovilidad de mármol. Su mirada fija hacía que se hablase bajo en su derredor.

Juan Prouvaire y Combeferre se estrechaban la mano silenciosamente, y recostados uno en otro en el ángulo de la barricada, miraban con una admiración, algún tanto compasiva, á aquel joven tan

grave, verdugo y sacerdote, transparente como el cristal y duro como la roca.

Digamos aquí que, después del combate, cuando los cadáveres fueron llevados al depósito y registrados, se encontró á Le Cabuc una cédula de agente de policía. El autor de este libro ha tenido en sus manos, en 1848, el informe especial, dado con este motivo al prefecto de policía de 1832.

Añadamos, que si hemos de creer una tradición de policía extraña, pero probablemente fundada, Le Cabuc era Suenadinerero. Este miserable no dejó huella alguna de su desaparición; parece que se amalgamó con lo invisible. Su vida había sido tinieblas; su fin fué la noche.

Todo el grupo de insurgentes estaba aún sometido á la emoción de este suceso trágico, instruido y terminado tan rápidamente, cuando Courfeyrac vió en la barricada al jovencillo que por la mañana había preguntado en su casa por Mario.

Este muchacho, que tenía el aspecto atrevido é indiferente, había venido por la noche á buscar á los insurgentes.

## LIBRO DÉCIMO TERCERO

---

MARIO ENTRA EN LA SOMBRA